

Winter, cuyo propósito se vería así justamente derrotado por la seriedad y respeto con que ha tratado los textos que compila.

En suma, un buen libro de referencias para iniciados en los problemas de la estética literaria y su historia.

JORGE GUZMÁN
Sección Castellano
Universidad de Chile.

JOHN PALMER: POLITICAL AND COMIC CHARACTERS OF SHAKESPEARE. London, Macmillan & Co. Ltd., 1961.

El libro que reseñamos es la reunión en un volumen de dos trabajos publicados separadamente en forma póstuma en 1945 y 1946. Las siete reediciones del que trata sobre los personajes políticos de Shakespeare y las nueve del otro, son prueba del éxito de ambos estudios y buena señal de sus excelencias.

El comienzo del libro, sin embargo, produce un cierto sobresalto. En efecto, se establece que el propósito del trabajo sobre los personajes políticos es responder a esta pregunta: "Was Shakespeare, so far as he was at all interested in politics for their own sake, liberal, conservative or utopian?". El lector, recordando algún estudioso que, por ejemplo, elaboró una suerte de disparatorio biográfico musical sobre Shakespeare a fuerza de citas majadas a golpes de erudición, teme de inmediato por Shakespeare y por su propia paciencia. Pero resulta que no; en vez de un pesado infundio biográfico, para su enorme sorpresa y agradecimiento, se encuentra no sólo con un erudito que escribe con gracia y elegancia, sino además con un estudioso raro entre los raros, que sabe leer. Y efectivamente, cuando Palmer ha terminado de hacer revivir —y no es empresa fácil, después de tanto seso gastado en enterrarlas— las figuras de Marcus Brutus, Richard of Gloucester, Richard of Bordeaux, Henry of Monmouth y Caius Marcius Coriolanus, uno se encuentra con que el autor ha superado su propio designio y no sólo ha llegado a determinaciones sobre el autor, sino que ha hecho verdadera crítica literaria en sentido actual. Llega incluso a declarar (p. 317) que aunque parece advertirse una cierta inclinación hacia lo popular en *Coriolano*, por ejemplo, hay que leer en cada caso los dramas no como si fuera el autor quien habla sobre lo que estima verdades políticas, sino como parlamentos de los personajes dependientes de la acción.

Para nuestro gusto, el mejor de los estudios políticos es el dedicado a Henry Monmouth. Y ello justamente porque Palmer no encuentra en esta figura los mismos motivos de alabanza que la han hecho popular entre el público inglés. Hay, en verdad, un cierto regocijo a medias cómplice, a medias comprensivo, en los ingleses que hablan de este "male Cinderella" que pasa de compañero de Falstaff y saltador de caminos

y cliente de tabernas prostibularias y agresor de la autoridad a rey espejo de virtudes. Asunto irremediamente convencional, según Palmer, y respecto del cual le abona a Shakespeare el mérito de no haber tratado de remediarlo. Sobre la transformación del príncipe, el autor conviene en que para convertirse en el Henry iv que la tradición alaba, era imprescindible que el flamante rey repudiara su vida anterior y a Falstaff con ella, pero agrega: "And how much the poorer he will be for that repudiation" (p. 188). Son observaciones como éstas, a veces incidentales, a veces incorporadas al desarrollo mismo del análisis, las que hacen refrescante la lectura de este trabajo. Ciertamente que más sirve al propósito y a la argumentación del autor el estudio de Coriolanus que el de Henry, y sin embargo, lo realmente valioso y novedoso de este libro, a saber, la relación personal con el objeto, aparece en aquél mucho menos que en éste.

En cuanto a los personajes de comedia, su estudio parte de la siguiente consideración: aunque en general sea cierto que la comedia habla a la inteligencia y la tragedia al sentimiento, cuando Shakespeare hace comedia, está por encima de tales distinciones. Y las consideraciones sobre Berowne, Touchstone, Shylock, Beatrice y Benedick, prueban que en efecto ellos importan no sólo al entendimiento del espectador, sino a todo él. Es pertinente notar de nuevo aquí cómo Palmer, a pesar de declarar alguna vez que le interesa en primer término determinar a Shakespeare, no hace en su estudio otra cosa que examinar continuamente la estructura de la acción y la relación obra-público.

De entre los estudios sobre personajes cómicos, destaca para nosotros el que se ocupa de Shylock. Quizás en ninguna parte del trabajo brilla como aquí la agudeza del análisis, la elegancia del estilo, el sonriente desprecio de la tontería erudita (cf. pp. 61 y ss.).

Terminemos diciendo que, en cuanto método, el volumen está en la línea de la crítica literaria inglesa, cuya forma tiene como origen justamente el análisis de las obras de Shakespeare. Es decir, se trata de un autor que parece haber originado la crítica que lo juzga. En efecto, ¿dónde encontraríamos en español o en francés análisis cuidadosos de coherencia de conducta como el que Palmer cita de Coleridge (p. 7), o el que hace él mismo sobre Marcus Brutus? Shakespeare es rico en situaciones concretas y complejas. La crítica inglesa y americana tiende a ser en la mayoría de los casos una disciplina al servicio del discernimiento pragmático. En esta corriente hay que ubicar el libro de Palmer, y sin embargo, repitámoslo, supera su propósito al realizar efectiva labor de crítica literaria; es decir, haciendo análisis de la obra en lo que ella tiene de esencial, de literario, sin perderse en delirios ideológicos o biobibliográficos.

JORGE GUZMÁN
Universidad de Chile.